Palabras para Venezuela 2012

Juan Carlos Escotet

10 de marzo de 2012

Damas y caballeros, buenas noches.

A esta hora, más de cuatro mil personas se encuentran reunidas aquí en Ciudad Banesco para escuchar a tres invitados muy especiales. Se trata de tres enormes figuras de la política cuyas visiones y legados permanecen como referentes históricos que nos ayudan a entender el presente y a encontrar respuestas a los retos del mundo actual.

A todas las personas que nos acompañan esta noche quiero expresarles mi más profunda gratitud. La generosa asistencia que colma hoy Ciudad Banesco subraya que este espacio adquiere una dimensión más amplia cuando se convierte en un punto de encuentro con la sociedad que le da sentido.

Esta noche daremos juntos la bienvenida a los expresidentes de Brasil, Fernando Henrique Cardoso; de España, Felipe González, y de Chile, Ricardo Lagos. Y esta alegría de encontrarnos con gente querida; esta atmósfera de expectación que desde temprano se respira; esta apertura para escuchar lo que otros tienen que decirnos; todo esto es posible gracias a vuestra participación entusiasta.

En lugar de presentar a personalidades que todos de alguna forma conocemos, he preferido hacer lo contrario: contarle a nuestros invitados quiénes han venido a escucharlos.

Lo primero que les diría es que hoy nos acompañan personas procedentes de distintas regiones de Venezuela. Hay agricultores e industriales que día a día luchan por sacar adelante sus respectivas producciones; hay emprendedores de las más diversas iniciativas; hay estudiantes universitarios; médicos, asesores legales, planificadores, ingenieros, artistas visuales, poetas, narradores y periodistas de todas las fuentes; hay funcionarios y autoridades de distintos ámbitos gubernamentales; expertos en políticas públicas; colegas del sector financiero; compañeros de trabajo y amigos; y también decenas de técnicos de primer nivel que han asumido la tarea de hacer posible este encuentro.

Aunque esta riqueza humana no puede ser reducida a fórmula ninguna, puedo decir que aquí está representado en toda su multiplicidad esa humanidad

venezolana que quiere una sociedad y un país productivos; esa humanidad que se levanta y se acuesta con el anhelo de una vida mejor.

Decidimos volver a convocar este evento que hemos llamado Palabras para Venezuela, cuya primera edición tuvo lugar en el año 2002, pensando en esa pregunta que pende sobre nuestras conciencias todos los días, la pregunta de si la economía productiva puede ofrecer un rostro más humano; es decir, si la suma del trabajo puede convertirse en una efectiva palanca de gestión para la reducción sustantiva de la pobreza, incluso, para su eliminación del planeta.

¿Por qué hemos invitado a Fernando Henrique Cardoso, Felipe González y Ricardo Lagos? Porque desde las realidades específicas de sus países y en sus condiciones de actores decisivos de la res publica, cada uno se topó con la misma interrogante. Y aunque es posible que todavía no haya en el mundo una respuesta definitiva a semejante problema, sí existen experiencias y pensamientos de personas como ellos, así como la disposición de compartir ese conocimiento para bien de la humanidad.

Ahora mismo el mundo entero se ve aquejado de un malestar que parece acentuarse cada día. Por donde se mire se encuentran signos visibles de insatisfacción. No es posible negar que en todas partes hay gente creando, innovando, produciendo y gestionando proyectos de solidaridad. No hay lugar en el mundo donde la preocupación hacia los demás no se exprese en hechos tangibles de proyección hacia el futuro. En todas las naciones y culturas hay gobiernos, instituciones y personas dedicadas a construir espacios de generosidad y a encontrar soluciones diferentes a los problemas de siempre.

Pero estos esfuerzos se ven mermados por las realidades de signo negativo, los numerosos factores que excluyen, empobrecen y agobian las vidas de miles de millones de personas. Es tal la maraña de asuntos que convergen para hacer adversa la vida diaria de la mayoría de los habitantes del mundo, que ya no parece razonable creer que hay un modelo único o un puñado de soluciones que pueda siquiera contrarrestar o detener el alarmante deterioro en la calidad de la vida de tanta gente.

No es mi intención realizar un diagnóstico de las causas de este estado de cosas, ni tampoco hablar como lo haría un buen experto en políticas públicas ante la pregunta de qué podemos hacer, porque para ello, entre otras cosas, se requeriría del esfuerzo de muchos especialistas, expertos con los sentidos muy abiertos para profundizar e innovar en el diseño de programas que, con mucha

sensibilidad social pero también con eficiencia y resultados sostenibles en el tiempo, mejoren en términos concretos la vida de las familias más pobres.

Sí quisiera decir, no obstante, que uno de los factores que han contribuido a generar desasosiego en todo el mundo es la conducta de cierto sector financiero internacional que se ha extraviado de sus propósitos básicos para tomar, muy irresponsablemente, el camino de la especulación.

Ya en Egipto, dos mil años antes de Cristo, el poder teocrático le exigía a los hombres que prestaban dinero con intereses que favorecieran en su actividad a aquellos que buscaban dinero para labrar la tierra o para viajar a comprar mercancías; o para contratar maestros para educar a sus hijos y familiares. En la Grecia del siglo VII antes de Cristo, el Consejo de los Ciudadanos le pedía a quienes hoy podríamos, con alguna licencia, llamar banqueros, que dieran trato especial a quienes construían barcos para el comercio, para las expediciones militares y para comprar tierras para la siembra.

Esto quiere decir que, hasta donde sabemos, la civilización occidental tiene más de cuatro milenios debatiendo sobre el papel que lo financiero debe cumplir en la sociedad: si su deber es ser un mero agente de la circulación monetaria, o si debe vincularse más estrechamente y comprometerse con mayor responsabilidad a dar respuesta a los problemas de su entorno inmediato.

Del mismo modo en que la clase política y las autoridades de los más diversos ámbitos, en el tráfago de su actividad, han hecho señalamientos que contradicen la realidad y finalmente reconocido los errores cometidos, también al sector financiero le corresponde asumir que el capitalismo bursátil desbordado de finales del siglo XX y comienzos del XXI ha sido fuente de graves errores y abusos que han convertido a los ahorristas en víctimas de las más desmedidas e irresponsables ambiciones. Las consecuencias de estos excesos han generado un impacto que no se limita a lo económico, sino que avanza hacia lo simbólico y se interna, de forma enconada, en la confianza y en la buena fe de los ciudadanos.

Lo asombroso de lo ocurrido es que al frente de esas operaciones de estafa a gran escala no estaban unos hombres cualesquiera. No. Se trata de profesionales competentes, talentosos y muy preparados; profesionales egresados de las mejores universidades, especialistas con tales niveles de sofisticación que lograron desarrollar instrumentos especulativos que no pudieron ser detectados a tiempo y que al explotar causaron un enorme daño. Como ha ocurrido en tantos otros ámbitos de la experiencia individual y colectiva, las muchas alarmas y advertencias que se hicieron no fueron escuchadas, hasta que el rugido del crac

hizo que en el mundo entero asumiéramos, ahora sin remedio, que una nueva crisis financiera había comenzado con todas sus secuelas para la economía pero también para volver maltrecho y precario el vínculo de las sociedades con sus instituciones.

¿Qué ha quedado de todo esto? Una consideración que, aunque tenga más de cuatro milenios de historia, no ha terminado de adquirir el carácter de plataforma central de la actividad financiera: esto es, que el propósito de la banca, que el sentido del agente financiera en estos albores del siglo XXI no poder ser la especulación sino el estímulo a todas aquellas iniciativas que tengan como finalidad la creación de riqueza y el mejoramiento de las condiciones de vida de las personas.

En reto que debemos plantearnos como sociedad es regresar el sistema financiero a la esencia de la intermediación, que no es otra cosa que el apoyo real a las familias, el apoyo real a la producción, el apoyo real a la economía que genera empleo. En otras palabras, no una banca experta en engordar sus propias arcas y promover una falsa sensación de riqueza, sino una banca volcada, con todas sus capacidades técnicas, a la tarea exigente y rigurosa de ser instrumento para el crecimiento económico, familiar y de la sociedad, en términos solidarios y sostenibles en el tiempo.

Pero esta premisa de una banca puesta al servicio del desarrollo de las sociedades no será duradera si no se produce un reordenamiento de la figura del banquero, figura que, después de todo lo que ha ocurrido y de todo lo que hemos aprendido, no podría tener otro marco de actuación distinto al de una voluntad de prestar servicios a las muchas causas del progreso personal y social que están esperando por un impulso financiero para convertirse en realidad.

La sociedad reclama un banquero consciente de la función pública característica de su oficio. Un banquero que esté en sintonía con intereses primordiales de su sociedad. Un banquero que no se involucre en otras actividades económicas distintas a la suya; que haga de la intermediación el centro de sus vocaciones.

Profesionales, creativas y humanas; que sea líder de programas cuyo norte sea la inclusión social, es decir, una figura dedicada a tender lazos con la sociedad a la que presta si experticia.

El crédito: he allí la llave maestra bajo el resguardo del banquero que necesitamos. El recurso con que el sistema financiero puede contribuir a potenciar la calidad de vida de las familias, el desarrollo de proyectos

empresariales, el empuje necesario que asegure la educación y el acceso a la salud al que todos aspiramos.

Pensar en el crédito como una transacción económica más; concebirlo como la simple entrega de recursos a cambio del cumplimiento de unas garantías de pago, es confinar la amplitud del crédito a su habitación más estrecha.

El crédito, y esto es quizás el asunto más esencial que he aprendido a todo lo largo de mi vida profesional, es una herramienta que potencia el sentido de dignidad de las personas; es el recurso que permite comprobar la viabilidad de las iniciativas; es la pieza que permite cerrar el tablero a quienes con esfuerzo y disciplina ahorran toda una vida para adquirir una vivienda, el lugar donde la institución de la familia adquiere la plenitud de su sentido; es el recurso sostenible para poner en marcha proyectos productivos capaces de crear empleos y oportunidades que, a fin de cuentas, son la única fuente estable de los empleos de calidad que están demandando las sociedades del planeta.

La sociedad venezolana, y quizás algo semejante esté ocurriendo en muchas otras partes del mundo, ha comenzado a entender en los años recientes que en su seno los emprendedores son una legión considerable y en crecimiento. Estudios recientes, elaborados por distintos centros académicos, nos dicen que el número de hombres y mujeres mayores de 18 años que han creado iniciativas y las han puesto en marcha en los últimos cinco años supera el 15% de la población económicamente activa.

La Banca Comunitaria Banesco ha sido para nuestra organización el instrumento que nos ha facilitado el encuentro con las historias de vida de miles de personas, emprendedores natos, emprendedores de lo diverso. Les digo a todos: vamos hacia una sociedad donde los emprendedores serán el factor decisivo.

Y el intercambio con esos emprendedores cuya motivación y energías solo se crecen ante las dificultades es precisamente lo que me ha llevado a concluir, en lo personal e institucional, que el papel más necesario y trascendente de la banca y los banqueros en los años y décadas por venir es el de tender puentes duraderos entre la gente y sus sueños. Nuestro mayor compromiso, en definitiva, debe estar con todos aquellos hombres y mujeres para quienes la imaginación y la esperanza son los activos más valiosos.

Es bajo este ánimo, bajo este imperativo vital, bajo este criterio de responsabilidad ante la sociedad, que hemos concebido y dado continuidad a este espacio de encuentro y de diálogo que es “Palabras Para Venezuela” y hemos extendido invitaciones a Fernando Henrique Cardoso, Felipe González y

Ricardo Lagos, quienes generosamente aceptaron acompañarnos hoy. Recibámoslos, pues, con el fuerte aplauso que se merecen.

Muchas gracias.

Juan Carlos Escotet R.